

Soy exigente con que las cosas salgan bien

Confiesa la doctora Yurien Negrín Calvo, reconocida epidemióloga que desde Sancti Spíritus ha librado no pocas batallas en pos de la salud de la isla y de otras naciones

Dayamis Sotolongo Rojas

Por el brillo de los ojos se le descubre la nobleza del alma. Basta apenas asomarse a su mirada sincera y apacible antes que la voz pausada y el tono a ratos en susurro vengán a deletrear lo que los ojos negrísimos ya han ido contando.

A la doctora Yurien Negrín Calvo la delatan la sensibilidad, la modestia casi crónica que le hace callar —a no ser cuando esta reportera insistente se le planta grabadora mediante en la sala de su casa— de sus misiones en la República Bolivariana de Venezuela y en Bolivia; de los días difíciles de la pandemia de la covid cuando llevó sobre sus hombros el pesar de muchos a la par de las riendas de la vicedirección de Higiene y Epidemiología del Centro Provincial de Higiene, Epidemiología y Microbiología (CPHEM) o de su sapiencia, que la hizo llegar en un reducido equipo de expertos cubanos a Nicaragua para adiestrar al Ministerio de Salud de aquel país en el enfrentamiento al nuevo coronavirus.

Mas, de lo único que se jacta y se enorgullece sin sonrojos es de sus hijas: Dayana y Roxana —y pudiera jurar sin conocerlas que el orgullo es recíproco—. Yurien es la epidemióloga reconocida, pese a que no lo admita, y la ama de casa a quien le gusta coser; la vicedirectora y la amiga de su equipo de trabajo; la esposa de José Luis Toledo, el psiquiatra y el amor de toda una vida, y la madre a tiempo completo, aunque no siempre ha podido estar.

Y mientras desgrana a cuentagotas los pasajes de su vida va sudando a mares como si en ello transpirara todo el nerviosismo de ahora o, acaso, porque pocas cosas le incomodan más que develarse.

DE VILLA CLARA A LA SIERPE

Entonces se descubre en su natal Jicotea, Villa Clara, en aquel círculo de interés sobre la Cruz Roja, el cual, junto a las enseñanzas de su maestra de quinto grado, le incitaría la vocación por sanar.

Antes su madre, alfabetizadora, le había mostrado otras lecciones en el aula improvisada de casa donde impartía clases en la Facultad Obrera y Campesina: las de expresarse correctamente siempre; las de vencer la timidez incurable; las de la fortaleza que oculta y tiene.

“Yo creo que después que hice Epidemiología he cambiado y, a veces, hasta peleo y me altero bastante, antes yo era muy calladita, mucho más, pero ello no me limitaba de participar. Mi mamá siempre nos incentivó y nos enseñaba mucho”.

Aun así, a la Yurien de 12 años de edad le costó muchísimo dejar la casa e internarse para cursar la secundaria y el preuniversitario en la Escuela Vocacional Ernesto Che Guevara, en Santa Clara. Allí crearía otra familia con sus compañeros y alcanzaría una de las plazas para estudiar Medicina. La razón de tal logro la apuntala solo con esfuerzo: “Era estudiosa, siempre he sido bastante disciplinada, me gusta cumplir con todo y no irme fuera de la ley”.

Tanto que cuando dijeron de hacer el Servicio Social en Sancti Spíritus, por la necesidad de médicos que tenía la provincia, no pensó en negarse. “Uno de los municipios que venían era La Sierpe y allí el CAI 7 de Noviembre; yo a ciegas, prácticamente, con 24 años, recién graduada, fue lo primero que pedí y eso mismo me llegó”.

Se arrepintió, tal vez, cuando el yipi que



Yurien califica el enfrentamiento a la covid entre las experiencias más difíciles de su carrera como epidemióloga. /Foto: Cortesía de la entrevistada

la trasladaba empezó a reptar por el camino polvoriento e interminable, cuando tuvo que estreñarse como médico del complejo agro-industrial y vivir sola en una de las casas del batey. Lloró sin consuelo, confiesa.

Pero la Medicina le propagaría unas cuantas alegrías y no pocos sustos también. “Fue difícil, porque hubo muchísimos accidentes de trabajo y otras cosas como crisis de asma a las que tuve que enfrentarme. Recuerdo una sutura que hice sobre un párpado de un hombre que se emborrachó. No tenía la aguja que llevaba y no podía remitirlo tampoco, tenía que asumir, pero le quedó superbién. Pero todo lo recuerdo con gratitud, porque fue una etapa donde aprendí mucho y sentí el apoyo de la comunidad”.

De aquel batey dulzón, no solo por el olor a melaza del central, saldría años después casada con el doctor Jorge Luis Toledo y la bendición de sus dos hijas.

A Sancti Spíritus llegaba a vivir en un alquiler, primero, a trabajar en el consultorio médico No. 10, del área Sur, y después en el No. 9, de la Pesca, y a graduarse de Medicina General Integral. En el 2003, con el título de la primera especialidad en las manos, partiría entonces a la República Bolivariana de Venezuela.

“Esos primeros tres meses míos allá fueron muy difíciles. Roxana tenía cuatro años y Dayana, seis; en mi vida me había separado de ellas. Recuerdo que fui a una tienda de unos chinos y compré dos muñecas grandes, las abrazaba y decía: una rubia y una trigueña, esta es Dayana y esta es Roxana, porque era muy difícil”.

La nostalgia que le aguaba hasta el alma lo mismo cuando las cartas de las valijas traían noticias meses después o cuando consultaba a algún niño, la sobrellevaba en Barinita, en el estado de Barinas, a golpe de ir devolviéndoles la salud a muchos.

“Allí vi mi primer caso de lepra. Había un paciente que tenía ese diagnóstico y hubo que hacerle su seguimiento. Otra experiencia fue visitar la casa de una señora que tenía como cuatro niños y nunca los había visto un médico. Hizo que me tomara un plato de

leche hervida con cilantro que casi no me lo podía comer, pero ella lo daba con todo el amor del mundo y uno tenía que recibirlo de esa forma”.

Durante cinco años auscultó aquellos parajes venezolanos. Allí fue médico, se encargó de la formación de pregrado y posgrado y vino, luego, a Cienfuegos a formar a los estudiantes de la Escuela Latinoamericana de Medicina.

Al regreso a Cuba se decidiría por la especialidad de Higiene y Epidemiología y al terminarla en el 2010 Bolivia sería otro de los destinos de su colaboración médica.

“Estuve en Oruro, un lugar muy frío, de población indígena y muy difícil porque, por su idiosincrasia, a veces había que verlos en el portal. El último año lo hice como epidemióloga del departamento”.

Desde el 2012 cuando volvía a “aterrizar” en el CPHEM iría construyendo allí ese hogar donde también se refugia hasta los días de hoy. “En el Centro de Higiene siento que las personas me quieren y que el equipo me responde. Difícil que me acerque a algún especialista y pida de conjunto una evaluación, una visita a un municipio, un control de foco o que necesite que alguien esté por mí y que me nieguen su participación, estén en mi vicedirección o no”.

Sin quererlo tomó las riendas de la vicedirección de Higiene en el 2014 y, tras un impanse, hace tres años volvió a llevarlas.

¿Le gusta ser jefa?, la interrogó, y con la sinceridad más límpida responde:

“Realmente, no. Me gusta compartir un espacio, un equipo e intercambiar con mis compañeros, no que ellos me vean como vicedirectora ni yo verlos como subordinados. Sí hay momentos en los que con mano más dura se deben hacer las cosas, porque esta especialidad es difícil y hace que se violen protocolos que son de estricto cumplimiento y por ello pierdes, a veces, hasta una vida”.

Y yo que la tengo sentada delante con aquel vestido estampado y con una impavidez que linda con la dulzura todo el tiempo descreo cuando me desarma de forma tan categórica.

“Sí peleo, pero trato de no agredir y de

no ser injusta ni extremista, sino de lograr un equilibrio entre las cosas de manera que se entiendan y se cumplan como están establecidas. Soy exigente con que las cosas salgan bien y se cumplan”.

LA COVID: MÉDICO Y PACIENTE

Miércoles, 11 de marzo del 2020. A las ocho de la noche en el *Noticiero Nacional de Televisión* se confirmaban los primeros casos de covid, detectados en Trinidad. Y comenzaría entonces la más tensa de las batallas epidemiológicas a librar. Tan solo una semana después estaría llegando, junto a otros cuatro expertos cubanos, a Nicaragua para capacitar al Ministerio de Salud de ese país.

“Yo estaba en el Centro de Higiene y el director provincial me llama para una reunión y cuando llego me dice: ‘El doctor Durán me acaba de llamar. Se necesita que vayas como epidemióloga a Nicaragua en función de asesoría técnica’. Eran palabras mayores para mí, porque yo dije: ¿Podré hacer eso?, ¿será que estoy preparada?, ¿podré decir que no? Pero me dije: Si han depositado esa confianza, yo voy a asumir con la responsabilidad que lleva”.

Ahora que lo mira en retrospectiva confiesa que enfrentar la covid ha sido lo más complejo de toda su carrera. “Esos meses de agosto, septiembre y octubre del 2021 no tienen comparación. De no poder dormir y el ratico que te acostabas no dormir tampoco porque la preocupación era tan grande y el mañana era tan inesperado... Esos días de más de 1 000 casos, llegar a los hospitales y ver el colapso, la cantidad de enfermos, los médicos enfermándose junto con los pacientes, el recurso humano agotado... Fueron muchas cosas que yo creo que el pueblo es héroe en lograr sobrepasar esos momentos”.

Y el tener que tomar decisiones —colegiadas siempre— de establecer cuarentena en tal lugar; de cerrar centros claves como el central Uruguay o la refinera de Cabaiguán; el visitar desde los centros de aislamiento hasta los municipios... y contagiarse.

“Viví la pandemia también como paciente. Para un epidemiólogo enfermarse en una transmisión es una derrota, pero estábamos en lugares bien complicados”.

Todos anduvieron sobre el filo del peligro: el esposo al frente del policlínico de Los Olivos y las hijas, una residente de Endocrinología, y la otra, estudiante de Medicina, en los centros de aislamiento. Y la preocupación materna y el empuje de que podían enfrentar cualquier desafío. Acaso, porque ella que es horcón sabe que en la familia ha tenido siempre la mejor de las retaguardias.

Y aunque su imagen a ratos lo pueda poner en duda, sus palabras lo niegan: “Sí, soy una persona decidida y valiente. Puedo equivocarme y, de hecho, me equivoco; pero cuando decido hacer una cosa la hago y la llevo hasta el final. Me gusta terminar las cosas y llevarlas hasta donde las fuerzas me alcancen y el conocimiento me dé para hacerlo”.

Aun sentada en la sala de su casa cuesta imaginarla de otro modo que no sea con la bata blanquísima sobre el vestido, con la sonrisa a medias mientras le entregan uno de los tantos reconocimientos recibidos, con los ojos iluminándose cuando posa en las fotos con sus hijas y el esposo, con la voz tenue, pero imponente.

El eco de sus palabras la va calcando: Yurien es la serenidad —que puede perturbarse si se incumplen los protocolos—; la reconocida epidemióloga, aunque le apene, y la doctora-madre que jamás deja de ser.